

Sylvain  
Prudhomme

**POR LAS CARRETERAS**

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

Título original: *Par les routes*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, 2019

© de la traducción: M.<sup>a</sup> Dolores Torres París, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-841-0

Depósito legal: M. 7.776-2020

Printed in Spain

*El tiempo va y viene y gira  
Por años, meses y días.  
Y, ay de mí, no sé qué diga:  
Pues uno es mi deseo y no vira.*

BERNART DE VENTADORN



Me encontré de nuevo con el autoestopista hace seis o siete años, en un pueblecito del sudeste de Francia, después de más de tres lustros durante los cuales, sin haberlo olvidado por completo (el autoestopista no es de la clase de hombres que se olvidan), al menos había dejado de pensar en él con tanta frecuencia como en el pasado. Lo llamo el autoestopista porque es así, con ese sobrenombre que jamás existió salvo para mí, cuando en mi fuero interno lo interpelaba, como no ha dejado de aparecérseme tanto a lo largo de los años en los que conviví con él como a lo largo de aquellos en los que, alejados uno del otro, seguí recordándolo de vez en cuando como un punto de referencia; las gentes del mar tienen para este concepto una palabra que me encanta, una voz polisémica a cuya ambigüedad no le añaden ninguna connotación inquietante: una marca.

Acababa de mudarme a V. cuando me enteré de que él también vivía allí.

Yo había dejado París para emprender una nueva vida. Quería cambiar de aires a toda costa. Destrucción, reconstrucción: era mi programa para los días y tal vez los años venideros.

Estaba a punto de cumplir los cuarenta. Hacía años que me dedicaba a escribir. En París trabajaba en casa, salía, volvía al trabajo. Iba a las cosas, las cosas venían a mí. Conocía

gente. Algunos acababan siendo mis amigos. Me enamoraba. Me desenamoraba. No sé si la inclinación natural de la vida es estar solo al principio, ser independiente, nómada, y luego, poco a poco, atarse, establecerse, fundar una familia. Si es así, yo retrocedía. Iba cada vez menos lejos. Mis historias de amor se acortaban. Escaseaban. Duraban menos que antes. O tal vez fuese que con el tiempo me volvía menos paciente, menos capaz de ocuparme de los demás.

Quizá me hubiese vuelto perezoso. O simplemente me interesaba menos el amor.

El aislamiento no me asustaba. Siempre he tenido, en la soledad, intensos momentos de alegría, que alternaban por supuesto con intensos momentos de tristeza, pero, de todas formas, soy de una naturaleza en conjunto propensa a la felicidad.

Me gusta y temo a la vez la idea de que existe una línea de sombra. Una frontera invisible que pasamos hacia la mitad de la vida, más allá de la cual no *devienes*, simplemente *eres*. No más promesas. No más especulaciones sobre lo que emprenderemos o no emprenderemos mañana. El terreno que llevaba implícito el recurso de explorar, la envergadura del mundo que éramos capaces de abrazar, lo reconocemos ahora que la mitad de nuestro plazo ha transcurrido. La mitad de nuestra existencia se ha desarrollado, se ha quedado atrás, contando quiénes somos, quiénes hemos sido hasta ahora, lo que hemos sido capaces de arriesgar o no, lo que nos ha afligido, lo que nos ha entusiasmado. Podemos pregonar a los cuatro vientos que la muda no ha terminado, que mañana seremos otro, que el o la que realmente somos está por llegar, cosa cada vez más difícil de creer, e incluso si tal cosa sucediese, la esperanza de vida de ese nuevo ser va disminuyendo día a día, mientras va aumentando la edad del antiguo, el que hemos sido durante años, sin importar lo que pase ahora.

Contaba con llevar una vida tranquila en V., de recogimiento y estudio. Soñaba con una vida reposada, luminosa. Con una existencia más verdadera, llena de inspiración, de fluidez. Con un libro que llegaría de golpe, en unas pocas semanas. Con un fogonazo que estallaría allí de repente, como recompensa a meses y meses de paciencia. Estaba listo para recibirlo. Me gusta la idea del laboreo. Me rindo a la obstinación, a la tenacidad, a la entereza.

Había elegido V. porque era una villa pequeña. Porque decían que era bonita, vivible. Porque allí solo tenía dos o tres conocidos, cuyo trato me sería grato sin demasiado costo: un primo, profesor de instituto, a quien estimaba sin haberlo tratado mucho, y amigos de amigos que nada me obligaba a frecuentar.

Me acordaba de dos o tres estancias que había hecho allí, algún fin de semana ocasional, en verano, en una época en que sabía que el pueblo, totalmente volcado en el bienestar de los veraneantes, mostraba solo una de sus caras, la más atractiva, la más cómoda. Quería ver la otra. La de las largas noches de invierno. La de los cielos azules y helados de enero. Había visto las terrazas abarrotadas, las fachadas con las ventanas abiertas de par en par, y me había preguntado: ¿Y dentro de tres meses, cuando todos se hayan ido, cuando estén bajo cero y la luz desaparezca de las plazuelas desiertas y los bares cerrados?

Ansiaba esa calma. Me parecía que en V. sería capaz de encontrar la concentración, la ascesis que desde hacía años me faltaban. La dosis necesaria de aislamiento que me permitiría por fin levantarme, volver a empezar, quizá renacer.

Habrían podido pasar varios meses sin encontrarme con el autoestopista; ninguna ley dicta que dos habitantes de una misma localidad, por pequeña que sea, hayan de cruzarse enseguida.

Y, sin embargo, bastaron unas pocas horas.

Llegué a la estación de V. en torno al mediodía, equipado solo con un par de mochilas llenas de libros y ropa. Hacía buen tiempo, era a principios de septiembre. Los plátanos comenzaban a perder sus hojas. Se desprendían una a una, caían como grandes virutas de madera hasta tocar el suelo con un roce sonoro. Luego crujían contra el pavimento con cada sople de viento.

Caminé hacia el centro, bordeando el muro del patio de un colegio desde donde subían los gritos del recreo. Había quedado con el dueño del apartamento alquilado por Internet. Revisamos el estado del inmueble, le señalé una o dos grietas en el techo, resolvimos la cuestión de las transferencias mensuales, fuimos a tomar algo a la terraza más cercana y luego el hombre me entregó las llaves y lo vi desaparecer al final de la calle.

Regresé al apartamento. Empujé la puerta, contemplé mis nuevas paredes. Dos habitaciones, cuyo parque, en las fotos publicadas en Internet, me había parecido acogedor. Dos es-



tancias que ahora me parecían, sobre todo, de techo excesivamente bajo.

Miré las paredes verde almendra —las he pintado yo, me había dicho el propietario al enseñármelas, contándome orgulloso que, para conseguir ese verde, había tenido que encargarlo a una marca londinense—. Miré la lámpara suspendida sobre la mesa a la altura de mi cabeza. Las molduras anticuadas en el techo. Las pesadas cortinas. El viejo sofá desfondado en un hueco de la pared, lejos de la única ventana.

Pensé: Vuelvo a ser un estudiante.

Sonreí.

Dejé mis cosas en un rincón, me puse manos a la obra, hice una limpieza rápida y, mucho más rápido que nunca, las llamadas de costumbre: electricidad, gas, conexión a Internet.

Salí a hacer algunas compras: café, pasta, aceite de oliva, vino.

Ya de vuelta, miré de nuevo las paredes inmóviles, las cortinas inmóviles, la lámpara y la mesa inmóviles. Sentí el bloque de silencio entre las paredes. Oí crujir el parqué bajo mis pies. Dejé las compras junto al fregadero. Me alegró hacer ese gesto: posar las compras en la encimera de una nueva cocina. Oí la botella de aceite de oliva en el fondo de la bolsa golpear suavemente contra la encimera. Reconocí ese ruido familiar, el choque de la bolsa de la compra contra la encimera de una cocina. Mi cocina.

Pensé: Aquí estaré bien.

Rebusqué en el cajón hasta encontrar un cuchillo. Pelé varios dientes de ajo, los fileteé y los puse a dorar en aceite de oliva. El olor ascendió. Cocí la pasta, la escurrí y la mezclé en la sartén con el ajo y el aceite. Vi sus largas trenzas retorcerse. Esperé a que se salteasen, a que el aceite y el ajo las

impregnaran a fondo, a que estuvieran crujientes como ramitas.

Arrimé la mesa a la ventana. Me senté. Comí. Rebañé hasta el último trocito de ajo frito del fondo de la sartén. Puse el café al fuego.

Luego, sin dilación, me volqué en el trabajo.

Que mi nueva vida no espere.

Permanecí delante del ordenador hasta la noche, tenso, en forma, feliz.

Pensé: Aquí aprovecharé el tiempo plenamente. Aquí cada semana me cundirá como un mes.

En torno a las seis de la tarde recibí una llamada de mi primo Julien, al que le había dicho que llegaría ese día. Me invitó a una fiesta que celebraba en su casa.

Pensé: No

Ya no.

Dije que sí.

Volví al trabajo.

Hacia las nueve me di una ducha y cogí en la cocina la botella de vino que acababa de comprar.

Fuera, me encontré con la noche de septiembre, las calles desiertas, solo algunos restaurantes abiertos todavía. El viento arreciaba, hacía frío. Miré las tiendas con las rejas echadas, las casas con las ventanas iluminadas aquí y allá, los reflejos azules y verdes de un televisor en el techo de un primer piso. Por la ventana de una planta baja vi a una familia sentada a la mesa para cenar.

Llegué ante una casa iluminada. A través de las ventanas vi siluetas de pie en la cocina y el salón y oí la música a todo volumen. Mi primo Julien vino a abrirme.

¡Sacha!

Me abrazó.

¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Me llevó al salón, me presentó a su compañera, Anissa. Bajó la música para anunciar alegremente mi nombre a los invitados.

Mi primo Sacha. Hacedme el favor de darle la bienvenida.

En un abrir y cerrar de ojos me encontré con un vaso de tinto en la mano, charlando con Anissa y Jeanne, una compañera de instituto de Julien. Les conté mi primer día en la ciudad, mi llegada a la estación con mis dos mochilas de libros y ropa. Mi estudio de dos habitaciones con las paredes verdes. Mi pasta con ajo frito en la sartén.

Se rieron.

Te invitaremos de vez en cuando a cambiar de pasta, dijo Anissa.

Noté que Jeanne conectaba conmigo, que el relato de mi llegada solitaria le había hecho gracia. Supuse que también vivía sola. Anissa nos dejó. Jeanne me contó su llegada a la población cuatro o cinco años antes, tras su primer destino cerca de Brest. Le dije lo que me había traído aquí. Mi deseo de hacer *tabula rasa*, de concentración, de calma.

Vaciamos y volvimos a llenar nuestros vasos. Me preguntó de qué trataba el libro que pensaba escribir.

Y luego no sé qué pasó por su cabeza, qué pude haber dicho para que se le ocurriera aquella idea.

¡Ah, pues hay alguien en V. a quien tengo que presentarte, alguien con quien te vas a entender de maravilla! Ya verás, es divertido, un poco loco, también le encantan los libros. Se vino a vivir a V. hace unos cuatro años.

¿Cómo adiviné que era él? Tal vez el calificativo de un poco loco o la mención del reciente traslado.

Sentí la sangre latiendo en mis venas.

Tenéis que conoceros, porque sois tal para cual, repitió Jeanne.

Y entonces dijo su nombre.

Permanecí tan impasible como pude. Ella no se dio cuenta. No sospechó ni por un segundo la turbación que me había provocado.

Tienes que conocerlos a los dos. A su compañera y a él. A los tres. Tienen un hijo pequeño. Son geniales.

No dije nada. Dejé que mi mente procesase aquellas noticias. El autoestopista aquí, cerca. El autoestopista en pareja. Padre de un niño.

En ese momento apareció Julien.

A ver, primo, ¿te están tratando bien?

Vio a Jeanne a mi lado. Sacó una cajetilla de tabaco y me preguntó si alguien me había enseñado la terraza. Subimos los tres por una pequeña escalera empinada, pasamos el primer piso, el segundo y salimos a la noche, en lo más alto. Desde la terraza miramos los tejados de las casas aledañas, las ramas de un plátano cercano, las estrellas sobre nuestras cabezas, el agua negra del río.

No estáis nada mal aquí, le dije a Julien después de un silencio.

Asintió suavemente.

A ti también te encantará V., ya verás.

¡Por ti, Sacha!, dijo Jeanne alzando su copa. ¡Por tu llegada!

Brindamos los tres.

Miré la luna sobre los tejados. Escuché el ruido de la fiesta en la planta baja.

Pensé en el autoestopista. En la fábula que me había venido a la memoria un día, justo antes de pedirle que saliera de mi vida: la olla de hierro que no quiere dañar a la olla de barro, que incluso le desea sinceramente el bien, y que, sin embargo, con un falso movimiento, la hace añicos. La olla de barro que un día, después de haber caminado demasiado con la olla de hierro, se rompe.

Hay dos opciones frente al destino: agotarse luchando en contra o ceder ante él. Aceptarlo feliz, seriamente, como una zambullida desde un acantilado. Para bien o para mal.

Así sea, dicen más o menos todas las religiones, y en ese asentimiento hay una fuerza que siempre me ha fascinado.

Amén.

*Amin.*

Porque es necesario.

Porque, de todas formas, tiene que ser así.